

Bibliographica americana

revista interdisciplinaria de estudios coloniales

Número 8 – diciembre de 2012

ISSN: 1668-3684

<http://www.bn.gov.ar/revistabibliographicaamericana>

LAS REPRESENTACIONES DE LA REVOLUCIÓN, LA PATRIA Y EL REVOLUCIONARIO EN LAS CARTAS DE FRANCISCO DE MIRANDA (1798-1803)

María Carolina Sánchez

caro_mcs@hotmail.com

CONICET – Universidad Nacional de Tucumán



BIBLIOTECA
NACIONAL

Programa Nacional de Bibliografía Colonial

Biblioteca Nacional

Buenos Aires, República Argentina

**LAS REPRESENTACIONES DE LA REVOLUCIÓN, LA PATRIA Y EL REVOLUCIONARIO
EN LAS CARTAS DE FRANCISCO DE MIRANDA (1798-1803)**

María Carolina Sánchez¹

Aunque dentro de la trayectoria de Francisco de Miranda (1750-1816) el año 1790 ha sido señalado por sus biógrafos como el inicio formal de su activismo a favor de la independencia del Nuevo Mundo,² dicho proyecto recibe las primeras adhesiones por parte de sus compatriotas indios a partir de 1798. Un prolongado exilio de los dominios pertenecientes a la Monarquía hispánica lo priva desde 1783 de la posibilidad de mantener contacto con la América Española y es desde la distancia que su pensamiento comienza a forjar los primeros lineamientos de su plan emancipador. Según destaca Bohórquez Morán, en sus iniciales propuestas de emancipación presentadas ante Inglaterra (1790) y ante la Francia revolucionaria (1792), “Miranda actúa a título individual” y “no es sino al final de su estadía parisina, en 1797, que la formulación del proyecto va a expresar una aspiración colectiva”.³ En efecto, una revisión del epistolario del autor permite notar que la correspondencia de temática independentista cruzada con sus paisanos sudamericanos se inicia a partir de 1798. Las figuras con las que se escribe, entre 1798 y 1803, consideradas en el presente estudio, son Pedro Caro, Manuel Gual, Pedro Fermín Vargas y Bernardo O’ Higgins.

Tomando en cuenta el papel de la carta como “vehículo de ideas, propuesta, búsqueda de transformaciones sociales”, señalado por Elena Altuna, Alicia Chibán y Eulalia Figueroa,⁴ se procurará indagar en el corpus delimitado los siguientes interrogantes: ¿cómo se construye Miranda en su condición de revolucionario?, ¿qué elementos discursivos permiten caracterizarlo como parte de una vanguardia revolucionaria?, ¿qué función, aparte de la logística, cumplen estas epístolas?

Hacia la adopción de un compromiso revolucionario. Breve trayectoria de Miranda y de sus corresponsales.⁵

En 1771, Miranda parte de su Caracas natal rumbo a la metrópoli, con el propósito de hacer carrera militar en el Ejército real. A los veintiún años de edad, ha experimentado ya las dificultades de insertarse en un puesto de relevancia dentro de la sociedad colonial.⁶ En ese sentido, convertirse en oficial le resulta conveniente, pues es uno de los pocos caminos profesionales habilitados para los criollos en tiempos de las denominadas reformas borbónicas.⁷ Pese a ello, su pasaje por la institución estuvo marcado por la

percepción de una constante postergación en la obtención de ascensos y la falta de justicia hacia sus méritos. Esta frustración se vio compensada con la lectura a la que se dedicó con gran entusiasmo, en especial a la de aquellos prohibidos por la ortodoxia religiosa con los que posteriormente conformaría una importante biblioteca.⁸ Luego de doce años de servicio, en 1783, Miranda deserta de su cargo de oficial para sustraerse de sucesivos pedidos de arresto emanados en forma conjunta por la Inquisición y el poder real, preocupados por su inmediata detención; y se dirige a los Estados Unidos donde dos años antes había participado como parte de las tropas hispanofrancesas de apoyo a la independencia angloamericana.

Elegido como medio de resguardar sus derechos ante una autoridad arbitraria y amenazante de su libertad, el exilio es aprovechado como ocasión para dar curso a la realización de un viaje, un proyecto personal en el que deposita la posibilidad de modelarse de acuerdo al ideal de hombre culto de su tiempo.⁹ Entre 1783 y 1784, Miranda recorre los Estados Unidos y en 1785 arriba a Londres, para continuar con su itinerario por Europa continental y parte de Asia Menor. El periplo concluye hacia fines de 1789 con su regreso al punto de partida europeo: la capital de Inglaterra, donde fija residencia. Un documento que evidencia la concepción educativa atribuida al viaje es el diario que Miranda lleva durante ese tiempo. A través de las minuciosas reseñas consignadas en dicho diario, en las que el ojo ilustrado conjuga la experiencia directa de los fenómenos y su comprensión racional¹⁰, puede apreciarse la dedicación puesta en conocer y la multiplicidad de manifestaciones que convocaron su interés

La concreción de su itinerario educativo no implica que el viaje haya estado exento de riesgos. Por el contrario, aquella conflictiva situación causante de su abandono del mundo hispánico deviene en una encarnizada persecución encabezada por los agentes diplomáticos españoles a lo largo de su recorrido. Bajo órdenes emanadas de la Corte, ellos mantienen bajo vigilancia al viajero y procuran obtener información respecto de sus movimientos con miras a un arresto.¹¹ Tras ese vehemente lector de la filosofía de Luces se avizora en él a un conspirador. Fugitivo incapturable, Miranda siempre logra escabullirse de una persecución que adquiere carácter internacional, haciendo de él una personalidad de interés para los círculos ilustrados formados en los distintos lugares que visita. Incluso, tal reputación juega a su favor ante la emperatriz Catalina II quien, como protectora de las figuras ilustradas exiliadas, asume el patrocinio de su travesía.¹²

Tal como sus espías sospechaban, Miranda había concebido un plan para emancipar a las colonias del Nuevo Mundo ya en los años destinados al viaje. Pese a que en ese tiempo no registró su utopía emancipadora en ningún escrito de su autoría, el cruce con otros documentos permite situar su primera formulación durante su estadía en Estados Unidos hacia fines de 1783.¹³ Puede afirmarse que hasta la finalización del periplo, el viajero se conduce en forma subrepticia confiando sólo en conversaciones privadas sus ideales libertadores.¹⁴ Es recién a partir de su regreso a Londres que Miranda inicia formalmente una serie de gestiones ante el gobierno inglés con el fin de obtener apoyo para emprender la

independencia de las colonias hispanoamericanas. Así, la temática independentista emerge explícitamente en la escritura mirandina hacia 1790, en una carta dirigida al primer ministro William Pitt en el marco de dichas negociaciones.¹⁵ Desde entonces, pasó a constituirse en el asunto predominante de su discurso.

Durante dos años procura inútilmente obtener el compromiso del primer ministro. Luego de claras manifestaciones de interés, su propuesta cae en prolongado silencio. Los sucesivos reclamos de parte de Miranda derivan en acusaciones y en la consecuente ruptura del vínculo en malos términos. Dentro de esta primera etapa de tratativas con Inglaterra, un aspecto que no puede pasar desapercibido es el excesivo voluntarismo de su plan, carente de conexiones concretas en ultramar. Sus únicos aliados indios son los jesuitas desterrados de América en 1776 y residentes en Europa, cuyos nombres figuran en un listado entregado al ministro.

Decepcionado por la falta de un pronunciamiento positivo del mandatario inglés, Miranda entrevé una posibilidad de apoyo a su plan en Francia, donde según las noticias recibidas, el proceso revolucionario aspira a extenderse a otros territorios. Acuerda con los representantes del partido girondino en el poder su participación en los campos de batalla a cambio de la colaboración con su proyecto. Sin embargo, el curso de los acontecimientos cancela toda perspectiva de concreción de sus propósitos pues Miranda cae arrestado sucesivamente entre 1793 y 1795, primero a causa de una derrota militar que despierta desconfianza,¹⁶ y luego por sus vinculaciones con el partido de La Gironda. Durante el reinado del Terror, su encierro se desarrolla “bajo una continua expectativa de muerte”,¹⁷ viendo cómo cada uno de sus compañeros de prisión es llevado a la guillotina, corriendo el riesgo de ser el próximo. Una vez en libertad, permanece en París hasta 1798 y continúa participando de la vida política. A causa de su actividad, vive bajo constante vigilancia del Directorio. Hacia fines de 1797 conoce a Pedro Caro, un compatriota del Nuevo Mundo que, interesado también en la independencia, se convierte en su primer colaborador. Junto con él, Miranda comienza a constituir una red de colaboradores indios.

Hacia 1797, la enemistad entre Inglaterra y España, lleva a Miranda de regreso a Londres donde procura restablecer sus lazos con Pitt. La invasión y apropiación de la isla de Trinidad por las fuerzas inglesas, anuncia la proximidad de una guerra entre ambos países. Además de este contexto propicio para sus planes, Miranda cuenta, según comenta Bohórquez Morán, “con un nuevo elemento de apoyo”¹⁸: la posesión de un documento que lo legitima como representante, comisionado por sus compatriotas, para solicitar al gobierno inglés su apoyo al movimiento independentista constituido en la América Española. Si bien la autenticidad de dicha acta ha sido puesta en duda,¹⁹ la apelación a este recurso da cuenta del abandono de su excesivo voluntarismo y la toma de conciencia respecto a la importancia de concertar de manera efectiva con las fuerzas partidarias de ultramar. Así, en esta etapa que concluye con su salida de Inglaterra en 1805,²⁰ la labor conspirativa de Miranda se distribuye entre gestionar el apoyo inglés para la independencia y tomar contacto con todo sudamericano comprometido con la expulsión de la dominación

española del Nuevo Mundo. La presencia de este nuevo ámbito de acción marca un punto de inflexión en su posición como revolucionario a partir de la aspiración de organizar y ser portavoz de una voluntad colectiva. De hecho en una carta a Caro le pide:

Repito á V. que es indispensable embiar sin perdida de tiempo, sujetos de capacidad, y respecto á Trinidad, Philadelphia, y aquí mismo; tanto para ayudarme en la execucion de operaciones militares y políticas, como para que esten cerca de nuestros agentes, cooperando en cuanto pueda ofrecerse.— y que traigan, ó hagan pasar fondos necesarios.²¹

Tomando en cuenta la correspondencia mantenida por Miranda durante esos años, los interlocutores de su proyecto constituyen un grupo reducido a quienes les cabe la apreciación de John Lynch quien sostiene que “fueron auténticos precursores de la independenciam, aunque constituían una minoría y mantenían una posición por delante de la que tenía la opinión pública”.²² Aquellos compatriotas que permitirán a Miranda superar el solipsismo en que se hallaban sus planes independentistas, son el ya referido Caro, a quien se agregan Gual, Vargas y O’ Higgins. A continuación, se expone un breve recorrido por la trayectoria revolucionaria de los corresponsales mencionados, así como también las circunstancias en que se vinculan a Miranda.

Desde su retorno de París, Miranda cuenta con la colaboración de Caro, un indiano posiblemente oriundo de Perú o de Cuba. Un año antes de conocerse, éste se había presentado ante el gobierno inglés en carácter de delegado de patriotas de Santa Fe solicitando apoyo para una revolución independentista en Nueva Granada. Sin una respuesta satisfactoria, se dirige a la capital francesa donde se asocia a Miranda como cooperador en las tratativas de coordinación de la empresa emancipadora. De regreso a Londres, asume la misión de dirigirse a Norteamérica para entrevistarse con los funcionarios de la nueva república, amigos de Miranda, y entregar una carta dirigida al presidente John Adams en la que se le propone participar, en forma conjunta con Inglaterra, en la articulación de un movimiento libertador de las colonias del Nuevo Mundo. A continuación, Caro debe adentrarse en la América Meridional, relacionarse con los revolucionarios residentes allí y, luego de ponerlos al tanto de las gestiones emprendidas por Miranda para obtener el apoyo de Inglaterra y de Estados Unidos, ofrecerles trabajar de manera concertada. Una serie de problemas a la hora de embarcarse determina la inversión de su itinerario, de modo que inicia sus gestiones en Trinidad. Una parte de las cartas cruzadas con Miranda se producen en la instancia previa a su salida de Inglaterra, desde el puerto de Falmouth, y otras cuando ha logrado ya incursionar en la isla caribeña. Más tarde, en mayo de 1800, Caro traicionará la causa con el envío desde Hamburgo, de un informe al Secretario de Estado, Urquijo, delatando los planes de Miranda.

Un compatriota, residente en la América española, con quien Miranda decididamente concuerda respecto a los principios revolucionarios, es Gual. Refugiado en la isla de Trinidad luego de encabezar en 1797 una fallida insurrección de aspiraciones libertadoras organizada con Juan Bautista Picornell y José María España, Gual contacta a Miranda con el fin de aunar esfuerzos y organizar las operaciones militares del pronunciamiento rupturista. Un aspecto a destacar dentro de la trayectoria de este interlocutor mirandino es el reconocimiento de la rebelión encabezada por él como un antecedente de las luchas independentistas. En efecto, si bien el levantamiento que dirige se inscribe dentro de una sucesión de revueltas y motines que durante la segunda mitad del siglo XVIII sacuden el mundo colonial, se diferencia de la serie²³ porque trasciende la protesta contra la nueva política real –expresada en las reformas borbónicas– al plantearse como objetivo la emancipación. Al respecto Lynch señala:

La conspiración de Manuel Gual y José María España fue más seria, ya que pensó establecer una república independiente en Venezuela. A los dos venezolanos se les unió un exiliado español, Juan Bautista Picornell, lector de Rousseau y de los enciclopedistas y un decidido republicano. Habiendo reclutado pardos y blancos pobres, trabajadores y pequeños propietarios, la conspiración estalló en La Guaira en julio de 1797 haciendo un llamamiento a la igualdad y a la libertad, a la armonía entre las clases, la abolición del tributo indio y de la esclavitud de los negros, y el establecimiento de la libertad de comercio.²⁴

A través del contacto epistolar con Miranda desarrollado entre 1799 y 1800 desde su exilio en Trinidad, Gual continúa su labor conspirativa. Siguiendo a Bohórquez Morán, la captura de parte de esta correspondencia por parte de las autoridades españolas, provocará su muerte en octubre de 1800, envenenado por un agente español.

Pedro Fermín Vargas, otra de las figuras ligadas a Miranda, es un criollo de origen neogranadino definido por Lynch como “políticamente más avanzado que los comuneros”. Capaz de conducir las ideas de “la Ilustración hasta la subversión”,²⁵ renunció a su cargo de corregidor en 1791 para dar curso a sus propósitos revolucionarios. Hacia fines de 1799, se dirige a Londres desde donde escribe al gobierno británico exponiendo la necesidad de independencia experimentada por los habitantes de su región. Allí conoce a Miranda con quien colaborará durante cuatro años. Según Bohórquez Morán, “éste lo enviará a la isla de Trinidad entre 1802-1803, en misión de propaganda y de coordinación, así como para recoger información sobre el estado actual de las colonias”.²⁶ En dicho período se inscribe la correspondencia intercambiada con Miranda. Posteriormente ambos se distancian.

Es frecuente la afirmación de que Bernardo O’ Higgins (1778-1842) fue iniciado por Miranda en los principios independentistas. Ambos se conocieron aproximadamente hacia 1799 en Londres donde el joven, oriundo de la Capitanía de Chile, tomaba clases para adquirir una educación de mayor excelencia, de acuerdo a la aspiración del alto funcionario colonial de quien era hijo natural. Su padre rompe

relaciones con él cuando es destituido de su cargo de virrey, al conocerse en la colonia el vínculo entre su hijo y Miranda.

Miranda y estos cuatro corresponsales fraguan a través de sus cartas la utopía de la emancipación de las colonias hispanoamericanas.

Una utopía hecha de papel. Las cartas cruzadas entre Miranda y sus compatriotas

Punto de convergencia de las cuatro series epistolares a examinar, la escritura de Miranda constituye el eje de la lectura crítica aquí propuesta. Así, el análisis efectuado a continuación centra su atención especialmente en la correspondencia producida por Miranda, procurando desentrañar en ella las marcas discursivas ligadas a la producción de la utopía revolucionaria, los trazos identitarios del revolucionario y las condiciones de enunciación y recepción bajo la censura del poder imperial. Desde esta perspectiva, las cartas enviadas por sus destinatarios resultan de interés en tanto permiten evaluar en qué medida los contenidos de las misivas mirandinas han sido admitidos y devienen materia consensuada por parte de sus interlocutores.

Las cuatro series epistolares examinadas para este estudio son dispares en cuanto a la cantidad de cartas que la componen como también respecto de su desarrollo temporal. La correspondencia mantenida con Caro, la primera cronológicamente, se extiende a lo largo de un año –entre abril de 1798 y mayo de 1799– y consta de treinta y ocho epístolas, veintisiete escritas por Caro y once por Miranda. Las cartas cruzadas con Gual –fechadas entre octubre de 1799 y junio de 1800– son nueve, de las cuales dos pertenecen a éste y siete a Miranda. De la correspondencia con Vargas existen ocho enviadas por él y diez por Miranda. Finalmente, el corpus se completa con la única carta que Miranda dirige a O’ Higgins sin fecha, pero que podría estipularse fue producida en 1799 antes de la partida de Londres del joven.²⁷

Más allá de núcleos comunes presentes en la totalidad del corpus, es posible también reconocer marcas particulares expuestas por algunas de las series. De este modo, las cartas intercambiadas con Caro y con Vargas están atravesadas por alusiones a tareas concretas a realizar y por la presencia de roles. Los destinatarios reconocen en Miranda un dirigente y asumen ante él la posición de subordinados que dan cuenta del cumplimiento de las gestiones delegadas, sin que ello suprima la confianza y un tratamiento como pares y compatriotas.²⁸ La serie de mayor relevancia dentro del corpus es la desarrollada con Gual debido a la exaltación visionaria y al despliegue de los sentimientos ligados a la causa emancipadora exhibidos por Miranda. Dada su riqueza, esta serie es la que más elementos ha proporcionado al análisis. La epístola dirigida a O’ Higgins se distingue del resto puntualmente por el carácter de legado educador, en el que el precursor transmite a un compatriota representante de las generaciones venideras, el cúmulo de aprendizajes adquiridos a través de su experiencia personal.

Las marcas del secreto

Una categoría válida para la totalidad del corpus es la de carta personal o privada, definida por Ana María Barrenechea como aquella cuya característica es la existencia de “franqueza en las manifestaciones que se escriben con libertad apoyándose en la confianza que se deposita en el destinatario”.²⁹ Podría decirse que la comunión en los ideales revolucionarios establece entre los corresponsales del corpus una proximidad fraternal. Un aspecto a destacar reside en el hecho de que, en tanto partícipes de una organización marcada por una voluntad de secreto, los autores imprimen en la práctica y discurso epistolar los trazos en que está inmersa su propia actividad conspirativa. Las condiciones de clandestinidad bajo las cuales operan, son medidas de precaución para proteger la concreción de la causa como también a sus impulsores. Por ello, ese “secreto sobre el contenido”, propio de la carta personal y fundamento de su pertenencia al ámbito privado,³⁰ se extrema en este contexto en que está en juego tramitar subrepticamente una expedición contra la dominación española en el Nuevo Mundo.

Una particularidad de estas cartas consiste en que están atravesadas por una dualidad. Ellas oscilan entre la mutua confianza existente entre los participantes, que permite la exposición con desenvoltura sobre los temas de interés, y la presencia de una autocensura, como exigencia ante el temor de caer en manos de funcionarios imperiales alertas, dispuestos a sofocar toda tentativa de rebelión. Así, una suma de precauciones contra tales enemigos afecta la producción, circulación y recepción de estas epístolas. Respecto a la primera de estas instancias, una estrategia desplegada por los conspiradores-interlocutores es la adopción de una identidad fingida simulando ser comerciantes. Por otro lado, la escritura tiende a eludir toda mención al proyecto emancipador. La referencia a los asuntos políticos expuestos en las cartas aparece justificada por su repercusión en la actividad comercial y no como una preocupación en sí misma: “pues somos comerciantes, y las materias políticas son secundarias en nuestra profesión”,³¹ aclara cautelosamente Miranda. Para abordar las novedades relativas a la situación política del continente europeo se disimulan las motivaciones bajo la forma del interés comercial, soslayando con ello su carácter de información relevante para la concreción del plan independentista: “Diré á V. tambien algo sobre las materias políticas de Europa, a fin de que marchemos siempre con el ojo abierto, por el influxo que estos acontecimientos pueden tener sobre nuestros asuntos Comerciales”.³² Este recurso se advierte fundamentalmente en la correspondencia con Caro.³³

Pese a la afinidad de ideas, al trabajo conjunto y a la lealtad mutuamente profesada entre las partes en diálogo, el discurso epistolar exhibe un gesto de reserva. Los destinatarios son constantemente advertidos por sus remitentes respecto a la presencia de necesarias omisiones que dan cuenta de la censura imperante, restrictiva de lo comunicable. Ante ello, sólo cabe el silencio:

Yo no me atrevo á fiar á la pluma todo lo que consivo en este punto, porque me escamo el peligro de las cartas; y el no aver yo recibido ning^{na} de Vm. en el paquete de Febrero, me tiene bien sobre asquas, alcance Vm. con su telescopio, lo que se queda en mi tintero.³⁴

La circulación de las epístolas está también signada por ese accionar revolucionario encubierto. La carta que atraviesa el espacio público en búsqueda de un destinatario especificado, puede ser interceptada, sustraída por las autoridades imperiales. En una epístola destinada a Vargas, Miranda manifiesta su preocupación por la falta de noticias de Gual en los siguientes términos: “Ni una Letra siquiera del amigo Gual – tal vez la perfidia se avrá amparado de ellas”.³⁵ A fin de evitar que se posea información relativa a los nombres de los agitadores, los corresponsales se designan a partir de identidades falsas ya sea cambiándose su apellido –por ejemplo, Vargas se oculta bajo la firma de Pedro Oribe, Miranda rubrica sus cartas como Mr. Martín–, el nombre en su totalidad –Pedro Caro es Josef de Oquendo y Atuey– o sirviéndose de anagramas –Amindra, por ejemplo. Por otra parte, de manera constante se advierten unos a otros respecto a la necesidad de no brindar información sobre la identidad de los involucrados. Miranda insiste en esta cuestión, quizá previniéndose de la constante investigación de su persona por parte de Bernardo del Campo, embajador de España en Londres: “No ponga V por Dios ni su nombre ni el mio en las Cartas que me escriba”,³⁶ “no firme V. ni ponga mi nombre en sus cartas por las razones dhas.”³⁷ A Gual, Miranda recomienda “Pongame V. el sobrescrito asi M^r Martin care of Mess Turnbull, Forbes & Co”.³⁸

La posesión de las cartas por parte del destinatario es también un riesgo. La necesidad de destruir toda evidencia incide en la lectura, la cual debe practicarse a modo de memorización. Esta recomendación, que aparece sugerida por Miranda en la carta que dirige a O’ Higgins: “Leed este papel todos los días durante vuestra navegación y destruidlo en seguida. –No olvideis ni la Inquisición ni sus espías”³⁹, es también mencionada por Caro, lo cual permite apreciar que se trata de un “modo de leer” pautado por el accionar revolucionario: “Adviertame Vm quanto le ocurra mientras podemos comunicarnos. Yo leo las cartas de Vm. mil veces para que aunque se ófresca hecharlas al agúa, no me falten de la memoria sus aviso”.⁴⁰

Funciones epistolares: la patria como factor de cohesión y la moral del revolucionario

Más allá de la función pragmático-comunicativa que toda carta supone en su conexión con lo inmediato, es posible vislumbrar en el corpus funciones subyacentes ligadas a forjar e infundir entre los interlocutores la conciencia respecto a su protagonismo en la historia, a partir de la resignificación del espacio geográfico de pertenencia. Este aspecto puede rastrearse en las nuevas acepciones asignadas por Miranda al vocablo “patria”, el cual da cuenta de la temprana mutación ideológica operada tanto en su

mentalidad como en la de sus destinatarios. En efecto, al historizar los sentidos del concepto de “patria”, Gabriel Di Meglio subraya que el significado predominante en el período tardocolonial es el de “lugar, ciudad o país en que se ha nacido”⁴¹ y que se lo emplea de manera abstracta, esto es, sin la alusión a límites ni referencias geográficas precisas. Advierte asimismo que este significado neutro y general adquiere durante el estallido revolucionario, una marcada politización y sacralización, pasando a designar tanto “un espacio territorial como una causa colectiva”⁴². Así, tal como señalan François Xavier Guerra y Annick Lempérièr, “el lenguaje no es una realidad separable de las realidades sociales. (...), sino una parte esencial de la realidad humana y, como ella, cambiante”⁴³.

Interesa en este punto enfatizar que con anterioridad al período 1808-1810, una noción corrosiva e inédita de patria se fragua en las cartas de Miranda y en la reducida minoría a la que escribe entre 1798 y 1803. En su uso se observa una ruptura con los principios asociados a dicho concepto dentro del orden colonial, pues si por un lado “patria” puede significar tanto una provincia, un virreinato o la integración entre la metrópoli y el mundo colonial hispanoamericano; por otro, ella está moldeada como una entidad política regida por la Monarquía española y la profesión de la religión católica. La resignificación mirandina del término se opera a partir de la introducción de tres “bienes” (“independencia”, “libertad” y “felicidad”) que suprimen la soberanía real en el suelo americano: “mi objeto siempre es y será el mismo... la felicidad e Yndependencia de nuestra Amada patria, por medios honrosos y para que *todos* gozen de una justa y sabia Libertad”⁴⁴.

Para estos actores sociales radicalizados y de vanguardia, la “patria” se convierte en una causa, en la piedra basal de la imaginación utópica, y constituye, según Di Meglio, un “principio identitario colectivo”, indicativo de la correlativa politización.⁴⁵ La revolución emancipadora es vista como la instancia de pasaje a un modelo de sociedad superador del que se sienten fundadores. Convertida en una *tabula rasa* en relación con el pasado colonial, la patria es proyectada como un terreno fértil para enraizar un conjunto de ideas forjadas no sólo por la cultura política legada por el pensamiento ilustrado sino por la revolución de independencia de los Estados Unidos.

Una profundización en los valores reivindicados para la patria pone de manifiesto, tal como señala Lynch, que si bien los filósofos ilustrados son una fuente inspiradora de las nociones de libertad y de felicidad, no escaparon a las limitaciones impuestas por el eurocentrismo, pues en su gran mayoría no percibieron la contradicción entre la defensa del liberalismo dentro del propio país y la práctica del imperialismo en el exterior. De este modo, afirma Lynch: “La independencia, por lo tanto, a diferencia de la libertad, atrajo la atención de sólo una minoría de pensadores de la Ilustración”⁴⁶. En tal sentido, la elaboración efectuada por un nativo de las colonias angloamericanas como Thomas Paine permite a los indianos hallar en sus argumentos razones similares para luchar por su emancipación. Dos lectores del norteamericano, el abate Raynal y el jesuita Juan Pablo Viscardo y Guzmán, insistieron, inspirados en su

fundamentación, en la necesidad de independencia del Nuevo Mundo. El primero de ellos, autor leído por Miranda desde sus años como oficial del Ejército real, sembró tempranamente en él la impronta anticolonialista.⁴⁷ Por su parte, la *Carta a los españoles americanos* de Viscardo, es un escrito que comienza a tener circulación luego de la muerte de su autor, y gracias a la labor difusora de Miranda, en reconocimiento a un indiano contemporáneo suyo también comprometido con la independencia. Este escrito le es facilitado por Rufus King, representante de la Legación norteamericana en Londres y amigo de ambos indianos, a quien el jesuita hizo depositario de sus papeles. Pese a que ambos residieron en esta ciudad, Miranda no llegó a conocerlo.⁴⁸

Para evaluar lo significativo del pensamiento ilustrado presente en las epístolas, es preciso tomar en consideración los señalamientos tanto de Lynch como de José Carlos Chiaramonte, quienes desmontan “la creencia inicial en una conexión causal e inmediata entre la Ilustración y la independencia”.⁴⁹ Sobre esta aclaración, ambos insisten en el hecho de que la Ilustración iberoamericana coincide durante casi toda la centuria con una renovación intelectual menos radical y ligada a la corriente reformista promovida por la administración metropolitana. Una particularidad del área cultural hispánica es el mayor arraigo de las fuerzas político-culturales antagónicas a la Ilustración constituidas por tres barreras tradicionales: “los dogmas de la Iglesia Católica, la filosofía escolástica a ellos ligada y la fidelidad política a las monarquías”.⁵⁰ De acuerdo con esta perspectiva, Lynch concluye: “la versión española de la Ilustración estaba purgada de contenido ideológico y quedó reducida a un programa de modernización dentro del orden establecido”.⁵¹ No obstante, debe al mismo tiempo subrayarse que estas condiciones generales de la vida cultural en las colonias no resultan un impedimento para la circulación clandestina de las fuentes originales de la literatura de la Ilustración, cultivada por una reducida minoría y de explicitación tardía: “Excepcional será, entonces, que se nos haga visible [la influencia del Iluminismo] a través de los escritos del siglo XVIII la elaboración intelectual de la necesidad de independencia”.⁵² Si bien las figuras del corpus no plasman en sus cartas una doctrina articulada, en los últimos años de 1790 acuñan con desenvoltura las ideas de libertad y felicidad en su acepción ilustrada.

A través del concepto de libertad proclamado por las Luces, podría describirse el proceso de mutación en el imaginario operado por esta filosofía.⁵³ Efectivamente, ella se inicia a partir de una “emancipación individual” –expresada en un espíritu de autonomía en el conocimiento respecto de las formas de poder religioso, político y cultural del Antiguo Régimen– y adquiere en su devenir una dimensión social, inspiradora de “cambios institucionales”, sobre la base de un pacto social constitucional.⁵⁴ El propio proceso intelectual transitado por Miranda se nutre de esta doble dimensión de la noción de libertad. En una primera instancia, desarrolla mediante sus lecturas y viajes un criterio de verdad que, opuesto al dogma y a la tradición, se sustenta en la propia razón y en la experiencia, prescindiendo de la tutela de las autoridades. Posteriormente, adhiere a la lucha contra la monarquía absolutista, a la defensa de los

derechos naturales y a la del contrato social. Esta cultura política está condensada en la palabra “libertad”, acuñada por Miranda ante sus contactos epistolares, como un valor fundamental para el nuevo orden a establecer.

Asimismo, la concepción de felicidad expuesta por Miranda en sus cartas se inscribe también en el ideario iluminista. Se aparta del sentido trascendente-religioso, que la sitúa en un más allá de la vida, para arraigarse en la historia y designar un estado de progreso intelectual y material guiado por la razón entendida como gobierno de la libertad. El tránsito terrenal es la instancia para concretar una existencia dichosa y el propio hombre, un agente activo dentro de la sociedad.

Respecto a la religión como pilar del sentido de patria del orden colonial, Di Meglio destaca su permanencia como sistema de creencias “compartido por los grupos en pugna”, sin ser alcanzada por la crítica ilustrada.⁵⁵ No obstante, es posible reconocer en las operaciones de resignificación asumidas por Miranda lo que Chartier define como una transferencia de la dimensión de lo sagrado, concentrado antes en la religión, al dominio de lo cívico, lo patriótico, lo revolucionario, extendiéndose al ciudadano. Esta cuestión se patentiza en sus epístolas cuando concibe la independencia de la patria como una expresión de la voluntad del Ser Supremo, vinculando lo sagrado y lo cívico.⁵⁶ Como señala Fabio Wasserman, se invoca a los designios de una providencia que, del lado de la razón y del bien, confiere legitimidad a la causa.⁵⁷ Así, en una carta a Gual, Miranda expresa: “La providencia nos abrirá caminos honrosos y confundirá a los malvados”.⁵⁸ En otra epístola a éste, indica:

Trabajemos pues con Perseverancia y Rectas intenciones en esta noble empresa dexando lo demas a la Divina Providencia Arbitro Supremo de las obras humanas! que quando no nos resultase (a nosotros personalmente) mas gloria, que la de haver trazado el Plan y hechado los primeros fundamentos de tal magnífica empresa, harto pagado quedaremos; delegando a nuestros virtuosos y dignos sucesores, el Complemento de esta Estupenda estructura, que debe si no me engaño, sorprender a los Siglos Venideros.⁵⁹

El diseño en el papel de una patria independiente le permite a Miranda atenuar esa dualidad constitutiva entre presencia-ausencia, proximidad-distancia con el interlocutor que, según Nora Bouvet, recorre a la epístola; intensificado, en su caso, por el desarraigo y la soledad del exilio de su ámbito de pertenencia.⁶⁰ Alrededor de su utopía epistolar, el autor promueve la construcción de una identidad americana entre sus corresponsales, unidos en el compromiso con un ideal político de patria emancipada. Aunque nunca llega a conocer personalmente a Gual, Miranda entabla con él un lazo intenso basado en el sentimiento de amor que ambos profesan hacia su lugar de origen, al punto de entregar la propia vida a fin de construir un modelo de sociedad deseado. El lenguaje de Miranda para hablar de la patria apela a los sentimientos y deja fluir su sensibilidad. En un pasaje de su primera a carta a Gual, Miranda cita una

máxima romana que exalta el patriotismo: “Se estima lo conocido, se aman los hijos, las cosas cercanas, familiares; pero esta sola patria abarcó todos los amores de todos”.⁶¹

Otra de las funciones epistolares que Miranda parece haber asignado a su correspondencia, reside en la transmisión de valores y comportamientos propios del revolucionario. Di Meglio destaca: “El amor a la patria propuesto por los líderes de la revolución no era un sentimiento pasivo sino que indicaba abnegación y virtud”.⁶² La patria, representada como una entidad suprema y sagrada, demanda servicios y cada uno de sus ciudadanos debe ofrendarle el compromiso con su bienestar. Por ello, Miranda insiste en que es hora de que sus propios compatriotas se posicionen como sujetos activos de la historia. Como señala Ricardo Forster, la representación ilustrada de la realidad trajo aparejada la conciencia respecto a que la historia humana en la tierra es “una historia secularizada, una historia laica. Son los hombres los que la construyen, los que la modelan, los que proyectan, sueñan el futuro, los que son capaces de diseñar la marcha de los acontecimientos”.⁶³ Así, en carta Gual invita a la acción:

Si consideramos quan grandes esfuerzos de Constancia, Riesgos y Magnanimidad costó al gran *Colombo* el Descubrimiento del nuevo mundo, veremos amigo mío lo poquisimo que han hecho aun los hijos de América para darle el Lustre, felicidad y gloria a que la Naturaleza parese averla destinado.⁶⁴

La transformación de la historia proviene del compromiso con la revolución, representada en este fragmento como un nuevo descubrimiento y de allí la analogía con la figura de Colón en su deslumbramiento edénico al arribar al Nuevo Mundo. Susana Rotker señala que un lugar común en la imaginación utópica de las vanguardias criollas independentistas es la evocación de esa mirada colombina sobre América, vista como un continente lleno de promesas futuras, “nuevo”, abierto a todas las posibilidades.⁶⁵

Una palabra recurrente es también “sacrificio”, la cual connota privación, renuncia y altruismo. Se trata de un valor vinculado al concepto iluminista de filantropía, que implica amor al género humano, y también al de patriotismo, referido específicamente a la comunidad fraterna asociada en la patria. Miranda incita a su interlocutor a un heroísmo absoluto que no tema a la muerte: “Tengase V. sobre la reserva é invariable en su honrosa Resolución de morir por la Libertad e independ^a de su patria! mal aya el americano que pensase de otro modo”.⁶⁶

Todo revolucionario debe cultivar también las virtudes distintivas de la moral cívica modeladas por la Ilustración. Siguiendo a Ulrich Im Hof ellas son “diligencia”, “laboriosidad” y “fortaleza”, entre otras.⁶⁷ Las cartas mirandinas están llenas de indicaciones respecto al posicionamiento y a la conducta que debe asumir su interlocutor. En relación con las dos primeras virtudes mencionadas, el cometido independentista constituye un trabajo que exige una dedicación constante y debe ser sostenido con

actitudes opuestas a la indolencia. Miranda recomienda a Vargas que “trabaje con celo, y ardor por su parte, pues la ocasion nos es sumam^{te} favorable”⁶⁸, y dirigiéndose a Caro le pide que se conduzca con “sigilo y prontitud”.⁶⁹ Junto a la incitación al activismo, reaparece también la insistencia respecto al secreto que resguarda la labor conspirativa. A Vargas advierte: “(...) tengamos mucha prudencia, y reserva en lo necesario”.⁷⁰

El cultivo de la “fortaleza” permite “soportar los reveses” que se presentan y favorece la incondicionalidad más allá de las situaciones adversas.⁷¹ Resistir a los contratiempos, templar el espíritu y mantener vivo el fuego sagrado de la libertad constituyen, podría decirse, las cualidades del revolucionario que perfila Miranda. La demora en la obtención del apoyo de Inglaterra a la independencia y la política vacilante de este país al respecto, son obstáculos que no deben desanimar a un americano quien debe mantenerse invariable a pesar de las contrariedades surgidas. Miranda lamenta que la carta de auxilio enviada por Gual no haya llegado con anterioridad, pues le hubiera sido útil como testimonio de la existencia en el Nuevo Mundo de una disposición favorable a la emancipación. No obstante, exhorta a no declinar en el trabajo constante por la causa:

[...] y si la Carta de V. del 12 de julio, me hubiese llegado hace 8 meses solam^{te} ya estarían acaso realizadas todas sus laudables solicitudes y cumplidos mis Ardientes deseos! mas no hay que entibiarse p^r el retardo de V., animo a nuestros dignos compatriotas.⁷²

Una mención especial merece en este punto la carta que Miranda dirige a O' Higgins, a quien debido a la diferencia generacional, trata con tono paternal: “No permitáis que jamás se apodere de vuestro ánimo ni el disgusto ni la desesperación, pues si alguna vez dais entrada a estos sentimientos, os podréis en la impotencia de servir a vuestra patria”.⁷³ Es posible reconocer en el estilo adoptado por esta epístola, la resonancia de las *Cartas de Lord Chesterfield a su hijo Stanhope*, obra que figura en la biblioteca mirandina y da cuenta de su interés por la lectura de epistolarios privados. Acorde a las ideas ilustradas relativas a la educación de las generaciones posteriores, Miranda aborda en esta carta otros tópicos como la elección del amigo y el desprecio del español hacia el criollo instruido.⁷⁴

A lo largo de la correspondencia estudiada, se ha podido notar que la posición enunciativa de consejero es exclusiva de Miranda, lo cual marca en el discurso su condición de dirigente. Si bien las respuestas de los destinatarios no contienen pasajes relativos al cultivo de virtudes, ellas si procuran proporcionar aliento en momentos difíciles. El autor recibe de sus corresponsales exhortaciones para la superación de las decepciones que soporta: “Si Amigo mio constancia: una sonrisa de nuestra patria es mas preciosa que todos los favores perfidos de los Tiranos; constancia”.⁷⁵

Todos los valores y comportamientos apropiados que Miranda atribuye al revolucionario –abnegación, sacrificio, laboriosidad, diligencia y fortaleza– podrían sintetizarse en el concepto de compromiso patriótico por una América independiente. Su propósito no sólo es conformar una red de colaboradores sino también impartir principios para forjarlos como futuros ciudadanos dignos de la patria emancipada.

La autofiguración de Miranda como revolucionario

Partiendo del hecho de que la carta privada constituye el escenario propicio para el despliegue del yo, se analizará en este apartado la representación de sí desplegada por Miranda en el corpus epistolar. Para focalizar esta cuestión se recurrirá al concepto de “autofiguración”, propuesto por José Amícola, en tanto permite apreciar “aquella forma de autorrepresentación (...) de un autor complementando, afianzando o recomponiendo la imagen propia que (...) ha llegado a labrarse dentro del ámbito en que su texto viene a insertarse”.⁷⁶ Un aspecto de la propia imagen delineado en sus cartas se patentiza en la primera comunicación establecida con Gual, donde se expone en la exposición de su comprometida actividad en pos de la concreción de sus anhelos independentistas, a través de las solicitudes de apoyo realizadas en Inglaterra y en Francia. Por medio de esta referencia, el autor despliega a los ojos de su destinatario una trayectoria signada por su temprana dedicación patriótica. Pone en circulación de este modo una autofiguración conforme a los principios revolucionarios de su paisano en ultramar, protagonista de una revuelta de tendencia emancipadora:

El mismo (negocio) fué presentado por mi ante el propio ministerio desde el mes de Febrero de 1790 (...) Con este mismo objeto pase luego a Paris en el año de 1792 y por el propio motivo tome tambⁿ parte, y saqué la espada en defensa de la Libertad de la Francia (...) El feroz Reino de Rob que siguió luego destruyó casi inmediatamente todos los autores de este excelente Plan (...) Dexe la Francia arrive a Dover en el mes de Enero de 1798. Halle aqui en los Ministros la más favorable acogida.⁷⁷

Aquella señalada posición enunciativa adoctrinadora respecto a la moral del revolucionario, tiene su correlato en una representación del yo en ejercicio de las virtudes patrióticas. La causa libertadora se exhibe como el *leit motiv* de su existencia, consagrada enteramente a trabajar con disposición abnegada y resistencia a las adversidades. Conjuga en su persona las condiciones de dirigente y servidor a la vez:

En quanto a mi persona amigo mío, ella está siempre invariable al Servicio de la Patria– por esta tengo hechos ia tantos sacrificios, que seria absurdo ahora el abandonar la empresa; qualesquiera puesto que se señale sera para mí mui aceptable y honroso, con tal que todo el mundo marche al mismo y unico fin de n^{ra} *Libertad é independencia*.⁷⁸

En el pasaje citado se perfila con modestia, una virtud que permite poner límites a la egolatría y excesivo personalismo en una causa colectiva que se construye con el aporte de todos. Las razones del servicio a la patria deben ser nobles por lo que se exige un desprendimiento, incluso, de aquellas exigencias personales de reconocimiento público, insignificantes y vanas al lado del bien común. Asimismo el cultivo de la “moderación” le permite limitar la vanidad y “patriotismo” sin límites en la entrega hasta de lo máspreciado para el beneficio colectivo. Pese a que Miranda a través de sus cartas imparte directivas, él mismo se configura como un agente activo en las tareas que le competen “Los Papeles que V. me embia juntamte con su Carta (Traducidos en Yngles) se han puesto ia en manos de los Ministros de S. M. B.; y crea V. que no se pierde un instante en acelerar este impte negocio”.⁷⁹

Los trazos con los que se describe Miranda son objeto de intercambio con las visiones que de él deslizan sus interlocutores. En tal sentido, es preciso tener en cuenta que las representaciones propuestas por el remitente no dependen sólo de la circunstancia enunciativa, sino que dependen de la aprobación del lector que, según su conformidad al conocimiento previo entre ambos y la fuerza persuasiva con que son presentadas, las admite o no.⁸⁰ Las características del yo mirandino son avaladas por Gual, que lo impulsa al liderazgo:

[...] leo esta vez mas estas palabras de V. ‘mi persona es siempre invariable al servicio de la Patria [...] qualquiera puesto que se me señale me será acetable y honroso [...]’ Hombre modesto! por quien puede ser representada la Patria mas dignamente? Quien tiene un titulo tan augusto a la confianza pública⁸¹

En la respuesta de Vargas afloran, por su parte, componentes mesiánicos e incluso acuña el término “redentor”: “A Dios mi General cuide Vm de su salud, y venga quanto antes a darnos el gran dia de la America”.⁸²

Conclusiones

A través de sus cartas, Miranda conforma una red de americanos unidos bajo los mismos principios revolucionarios. Dirigido a un grupo con el cual constituye una vanguardia ideológica, el discurso epistolar mirandino expone una serie de concepciones que dan cuenta de un pensamiento tempranamente radicalizado, tales como las de “patria”, “independencia”, “libertad” y “felicidad”. Al mismo tiempo asigna a su correspondencia funciones ligadas a congregar a sus interlocutores alrededor de la patria emancipada y a su vez a adoctrinarlos en la moral y comportamiento revolucionarios.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Miranda, Francisco de, *Archivo del General Miranda*, Caracas, Editorial Sur-América, 1938 y 1950, Tomos XV- XVI. Edición al cuidado de Vicente Dávila.
- _____, *Colombia*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978-1994. Coordinación de Josefina Rodríguez de Alonso.
- _____, *América espera*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982. Selección, prólogo y notas de José Luis Salcedo Bastardo.

Fuentes secundarias

- Altuna, Elena; Chibán, Alicia y Figueroa, Eulalia, *Discursos bolivarianos*, Colombia, Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997, p. 44.
- Amícola, José, *Autobiografía como autofiguración*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.
- Barrenechea, Ana María, “La epístola y su naturaleza genérica”, *Dispositio*, núm. 39, Michigan, 1990, pp. 51-65.
- Bouvet, Nora Esperanza, *La escritura epistolar*, Buenos Aires, Eudeba, 2006.
- Bohórquez Morán, Carmen, *Francisco de Miranda, precursor de las independencias de la América Latina*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2001.
- Chartier, Roger, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995.
- Chiaromonte, José Carlos, *La crítica ilustrada de la realidad*, Buenos Aires, CEAL, 1982.
- Di Meglio, Gabriel, “Patria”, en Goldman, Noemí (ed.), *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 115-130.
- Forster, Ricardo, “El lenguaje de la Ilustración”, en Casullo, Nicolás; Forster, Ricardo y Kaufman, Alejandro, *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la Ilustración hasta la posmodernidad*, Buenos Aires, Oficina de publicaciones del CBC, 1996, pp. 242-243.
- Grisanti, Ángel, *Miranda juzgado por los funcionarios españoles de su tiempo. Los orígenes de la independencia americana según los documentos inéditos que no figuran en el Archivo del General Miranda*, Caracas, Jesús Grisanti, 1954.
- Guerra, François Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Guerra, François Xavier; Lempérière, Annick et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998,
- Guillén, Claudio, “El pacto epistolar: las cartas como ficciones”, *Revista de Occidente*, núm. 197, Madrid, 1997, pp. 76-98.
- Hazard, Paul, *La crisis de la conciencia europea*, Madrid, Alianza, 1988.
- Im Hof, Ulrich, *La Europa de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 1993.

-
- Lynch, John, “Los orígenes de la Independencia hispanoamericana”, en Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina. 5. La independencia*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 1-40.
- _____, “Las raíces coloniales de la Independencia latinoamericana”, en *América Latina, entre colonia y nación*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 117-169.
- _____, “El Estado colonial en Hispanoamérica”, en *América Latina, entre colonia y nación*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 75-93.
- _____, “Los blancos pobres en Hispanoamérica: inmigrantes canarios en Venezuela”, en *América Latina, entre colonia y nación*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 95-116.
- Polanco Alcántara, Tomás, *Francisco de Miranda ¿don Juan o don Quijote?*, Caracas, Melvin, 1997
- Sánchez Blanco, Francisco, *La ilustración en España*, Madrid, Akal, 1997.
- Sánchez, María Carolina “El viaje de Francisco de Miranda (1783-1789) y el proyecto de emancipación del Nuevo Mundo”, en Bezián de Busquets, Enriqueta (comp.), *Viajes y utopías en la Modernidad Clásica*, Tucumán, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT, 2009, pp. 91-119.
- Uslar Pietri, Arturo, *Los libros de Miranda*, Caracas, Ediciones del Cuatricentenario, 1966.
- Wasserman, Fabio, “Revolución”, en en Goldman, Noemí (ed.), *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 163.

Notas

¹ Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente en la cátedra de Literatura Anglosajona de la carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. E-mail: caro_mcs@hotmail.com.

² Para esta afirmación me baso en dos estudios centrales para el trazado de la trayectoria mirandina: Bohórquez Morán, Carmen, *Francisco de Miranda, precursor de las independencias de la América Latina*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2001 y Polanco Alcántara, Tomás, *Francisco de Miranda ¿don Juan o don Quijote?* Caracas, Melvin, 1997. Por ejemplo, Bohórquez Morán sostiene: “A partir de (...) enero de 1798, sus actividades políticas comienzan a estar cada vez más relacionadas con las de otros sudamericanos”, p. 214.

³ Bohórquez Morán, C., *Francisco de Miranda, precursor*, p. 209.

⁴ Altuna, Elena, Chibán, Alicia y Figueroa, Eulalia, *Discursos bolivarianos*, Colombia, Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997, p. 44.

⁵ Los documentos mirandinos a citar a lo largo del trabajo están extraídos de dos ediciones completas de sus papeles. Una de ellas es el *Archivo del General Miranda*, Caracas, Editorial Sur- América, 1938 y 1950, Tomos XV- XVI. Edición al cuidado de Vicente Dávila. La otra, *Colombeia*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978-1994. Coordinación de Josefina Rodríguez de Alonso. Ambas han adoptado diferentes criterios de edición. Una particularidad del *Archivo* es la reproducción de los documentos en el idioma original en que fueron escritos ya sea español, inglés, francés, italiano, alemán o sueco del siglo XVIII. En cambio, el proyecto que dio origen a la edición titulada *Colombeia*, se caracteriza por la traducción al español de aquéllos escritos en lengua extranjera. Así recurriré en el presente trabajo a esta última edición para todo documento perteneciente a Miranda producido en otro idioma. No es éste el caso de las citas del corpus epistolar delimitado para el análisis, escritas en español, cuya referencia se indica a partir del *Archivo*.

⁶ Miranda es hijo primogénito del matrimonio entre don Sebastián de Miranda y Ravelo, de origen canario, y doña Francisca Antonia Rodríguez y Espinoza, natural de Caracas e hija de padre portugués y madre canaria. La fuente de ingresos de su familia será un negocio de telas de Castilla donde también funciona una panadería que, de a poco, lo sitúan en una posición económica de cierto bienestar, sin ser propiamente rico. Más allá de su buen pasar, su situación no está exenta de la hostilidad ejercida por grupos sociales de mayor preeminencia monopolizadores de los mecanismos de distinción. Precisamente su padre será objeto de una demanda por parte de las elites locales cuyo trasfondo es la animadversión hacia un grupo social visto por ellas como advenedizo.

⁷ John Lynch explica que una de las medidas de las reformas borbónicas es la “desamericanización” del aparato administrativo colonial a fin de reducir la participación de las elites representantes de los intereses locales en las instituciones imperiales. Esto se lleva a cabo mediante la designación de funcionarios metropolitanos aleccionados en hacer cumplir las órdenes reales. Dentro de esta tendencia a la “desamericanización” el Ejército del Nuevo Mundo representa una excepción. La necesidad, por un lado, de proteger sus posesiones del ataque de potencias rivales y de la embestida de corsarios y, por el otro, el elevado costo que implica para la Hacienda real la transferencia de guarniciones y armamentos, constituyen factores decisivos para relativizar los prejuicios imperiales contra los americanos. Lynch, J., “El Estado colonial en Hispanoamérica”, en *América Latina, entre colonia y nación*. Barcelona, Crítica, 2001, p. 90.

⁸ A lo largo de su vida Miranda conformó varias bibliotecas. La primera de ellas ya compuesta por las obras del siglo prohibidas cayó en manos de la Inquisición, luego de su partida con las tropas hacia América del Norte. Posteriormente, respecto al gesto compulsivo de Miranda de adquirir libros Uslar Pietri comenta: “A todo lo largo de sus viajes compra libros, los lee, los anota y los envía en cajas a Londres. En Cronstadt o en Marsella, en Hamburgo o en París. Así se fue formando la biblioteca que en los años finales llenaba dos habitaciones de la casa de Grafton Street”. Uslar Pietri, Arturo, *Los libros de Miranda*, Caracas, Ediciones del Cuatricentenario, 1966, p. XIII.

⁹ A través de los sentidos asignados al viaje, es posible establecer el sistema de referencias culturales en que Miranda se inscribe. Dada su opción de recorrer el mundo para formarse y los valores atribuidos a dicho comportamiento, se reconoce en él a un integrante de las elites modernas, que entienden el viaje como instrumento privilegiado de nuevas actitudes cognoscitivas, es decir, la experiencia y el propio discernimiento sobre lo visto.

¹⁰ El diario mirandino contiene minuciosas reseñas sobre una multiplicidad de materias que llaman su atención. Describe fortificaciones militares, gabinetes de historia natural, prisiones, hospitales, manicomios, leyes, prácticas políticas, ruinas romanas, cultivos, manufacturas, usos y costumbres del pueblo, monumentos arquitectónicos, pinturas y esculturas. A partir de esto, puede decirse que Miranda concibe al diario como un instrumento para fijar en la letra los aprendizajes adquiridos en cada jornada a lo largo de seis años.

¹¹ Ángel Grisanti ha compilado una voluminosa correspondencia cruzada entre los ministros de la Corona española y sus representantes en el extranjero acerca de Miranda. Este trabajo aporta fuentes indispensables para adquirir una perspectiva respecto a la persecución sistemática de la que el caraqueño es objeto. Grisanti, A., *Miranda juzgado por los funcionarios españoles de su tiempo. Los orígenes de la independencia americana según los documentos inéditos que no figuran en el Archivo del General Miranda*, Caracas, Jesús Grisanti, 1954.

¹² “Perseguido por una potencia, protegido por otra, Miranda es sin duda una de las personalidades más atrayentes de las cortes europeas de esa época. Si oculta su nombre para atravesar las fronteras y salvaguardar su correspondencia con sus múltiples amigos, no se exime, en cambio, de aparecer en el círculo cortesano de todos los soberanos de Europa y hacer conocer sus sentimientos hacia España, así como sus intenciones respecto a la independencia de las colonias americanas.” Bohórquez Morán, C., *Francisco de Miranda*, p. 117.

¹³ Bohórquez Morán sitúa el viaje de Miranda por Estados Unidos como la primera instancia en la formulación de su utopía, aunque aclara que esta idea no es confiada a la escritura: “Si bien es cierto que para fines de 1783, ya Miranda había concebido las líneas generales de un plan destinado a conducir las colonias hispanoamericanas hacia la independencia, y que algunos aspectos políticos y, particularmente, militares de dicho plan ya habían sido discutidos con (...) amigos norteamericanos, no es sino en 1790 que emprende la formulación explícita de las ideas emancipadoras.” Bohórquez Morán, C., *Francisco de Miranda*, p. 142. No obstante esto, una evidencia que puede aportarse son dos cartas datadas en 1792 que retroactivamente dan cuenta de la ideación del plan independentista hacia 1783. Están destinadas a dos amigos norteamericanos Henry Knox y Alexander Hamilton y tienen como contexto la obtención del apoyo de Francia a su empresa independentista. Allí Miranda recrea las conversaciones mantenidas con ellos años atrás sobre la importancia de emancipar a la América española: “Los asuntos y el éxito de Francia toman en nuestro favor un giro feliz ...quiero decir en favor de nuestro querido país América, desde el Norte hasta el Sur. Las comunicaciones oficiales (...) lo enterará de cómo las cosas han llegado ya a su madurez para la ejecución de aquellos grandes y beneficiosos proyectos que nosotros contemplábamos, cuando en nuestras conversaciones en Nueva York, el amor de nuestro país exaltaba nuestras mentes con aquellas ideas sobre nuestra infortunada Colombia”. Carta de Miranda a Hamilton, París 4 de noviembre de 1792, *Colombia*, T. X, p. 278. En otra epístola expresa: “(...) que avanza el momento en que nuestro querido país América será esa gloriosa parte del globo que la naturaleza ha querido que sea, y aquellos proyectos que nuestro patriotismo sugirió a nuestras mentes en nuestros simposios de Boston, no están lejos de ser realizados”. Carta de Miranda a Knox, París 4 de noviembre de 1792, *Colombia*, T. X, p. 279.

¹⁴ Paralelamente al desarrollo de su viaje, Miranda se provee de algunos documentos que constituyen un indicio de su ideal libertario. Uno de ellos es una lista con los nombres de los jesuitas desterrados de América y residentes en Bolonia y otra con los radicados en Roma. Posteriormente al negociar la independencia con Inglaterra lo presentará como sus aliados. En relación con su diario de viaje (1783-1789) una cuestión llamativa es la sostenida omisión de toda referencia al proyecto independentista que lo guía. No obstante, en un trabajo de mi autoría he propuesto una lectura en clave indicial para este texto, fundamentalmente durante su recorrido por Estados Unidos, y el valor de la alusión velada como registro de su visita a Rusia. Se trata dos destinos clave para sus planes. En el caso de la escritura de su viaje por Norteamérica, el viajero demuestra un excesivo interés por visitar los campos de batalla y recrear las operaciones bélicas como también por indagar en el sistema político republicano. En el caso de Rusia, existe un pasaje breve, casi imperceptible dentro del cúmulo de descripciones contenidas en su diario, que remite implícitamente al proyecto emancipador. Miranda recrea en su diario la conversación mantenida con Catalina de Rusia en la que la zarina le insiste permanecer en su reino y en su negativa se atisba que debe concretar un plan y que se dirige para ello a Inglaterra: “Hablamos con sigilo de nuestro asunto y le di las razones por qué no aceptaba ahora la oferta (...) significándome que yo hacía mal (...) y repitiéndome la expresión de que la nación inglesa, después de la última guerra estaba como adormecida”, “Diario”, *Colombia*, T. V, p. 169. Sánchez, María Carolina “El viaje de Francisco de Miranda (1783-1789) y el proyecto de emancipación del Nuevo Mundo”, en Bezián de Busquets, Enriqueta (comp.), *Viajes y utopías en la Modernidad Clásica*, Tucumán, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT, 2009, pp. 91-119. Más contundente en cuanto a la alusión independentista es la carta de despedida a la zarina: “Solamente un gran e interesante asunto como el que me ocupa actualmente, sería capaz de hacerme diferir el agradable y dulce placer de poder, por mis servicios, pagar en parte lo que debo a la benevolencia de Vuestra Majestad (...) Pero en cuanto mis compromisos sean fielmente cumplidos en otra parte, (...) me atrevería a recordarle su promesa y espero que su bondad se dignaría aceptar los modestos servicios de un hombre sincero que no busca en todas estas gestiones sino el beneficio

y la felicidad de los demás”. Carta de Miranda a la Emperatriz Catalina II, San Petersburgo 15 de agosto de 1787, *Colombeia*, T. V, p. 392.

¹⁵ “La América Española desea que la Inglaterra le ayude a sacudir la opresión infame en que la España la tiene constituida”. Carta de Miranda a Pitt, Londres 5 de marzo de 1790, *Colombeia*, T. IX, p. 39-42.

¹⁶ En setiembre de 1792, Miranda se incorpora al ejército del norte comandado por Charles François de Domouriez. A pesar de algunos triunfos militares, la derrota en Neerwinden en marzo de 1793 lo pone bajo sospecha de traición. El culpable, en realidad, es su superior quien posteriormente se revela partidario del bando monárquico y conspira contra la Revolución. Como consecuencia de esto, Miranda es juzgado por la Convención Nacional y si bien logra probar su inocencia en un juicio memorable concluido el 16 de mayo, con el ascenso del jacobinismo en julio es arrestado por sus vínculos con el partido de La Gironda.

¹⁷ Polanco Alcántara, T., *Francisco de Miranda*, p. 134.

¹⁸ Bohórquez Morán, C., *Francisco de Miranda, precursor*, p.160.

¹⁹ Bohórquez Morán comenta que varios historiadores han puesto en duda la autenticidad de dicho documento como también la existencia de la Junta de diputados de América meridional que invoca, poniendo bajo sospecha asimismo su representatividad. Bohórquez Morán, C., *Francisco de Miranda, precursor*, pp. 209-212. Más allá de esto, interesa notar su preocupación por trabajar en forma conjunta con sus compatriotas.

²⁰ Con excepción de algunas breves estadias en Francia, desde su regreso a Londres en 1798 y hasta 1805, Miranda no logra abandonar Inglaterra. Lo retienen las sucesivas promesas de apoyo a su proyecto como también la negativa del gobierno inglés a autorizar su partida y proporcionarle pasaporte. Recién en 1805, sin haber obtenido la colaboración de este país, se embarca a los Estados Unidos donde organiza una expedición libertadora con la cooperación de ciudadanos particulares. Su expedición de 1806 a las costas de Venezuela es un rotundo fracaso pues sólo cuenta con soldados mercenarios de poca disposición y, además, ha sobrestimado la capacidad de adhesión de sus compatriotas.

²¹ Carta de Miranda a Caro, Londres 26 de abril de 1798, *Archivo*, T. XV, p. 250.

²² Lynch, J., “Los orígenes de la Independencia hispanoamericana”, en Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina. 5. La independencia*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 36.

²³ Entre la serie de insurrecciones que se extienden por el Nuevo Mundo pueden mencionarse la rebelión de Comuneros en Paraguay (1721-1735), la protesta de criollos y blancos pobres contra el monopolio comercial de la Compañía Guipuzcoana en Venezuela (1749-1752), la revuelta de criollos en Quito (1765), el pronunciamiento comunero en Nueva Granada (1780) y la rebelión de Tupac Amaru y Tupac Katari (1780-1783).

²⁴ Lynch, J., “Los orígenes”, p. 36

²⁵ Lynch, J., “Los orígenes”, p. 35.

²⁶ Bohórquez Morán, C. *Francisco de Miranda, precursor*, p. 207.

²⁷ Cabe indicar que esta última carta no ha sido conservada por Miranda en su archivo. La misma aparece incluida en la antología preparada por José Luis Salcedo Bastardo para Biblioteca Ayacucho.

²⁸ En su correspondencia, Caro da constantes muestras de su dedicación a las tareas asignadas: “en fin Vm. puede conocer que yo tengo actividad para obrar y que no soy atascado en los pantanos: no dormire esta noche ni respirare con libertad hasta ver si puedo remediar todo”. Carta de Caro a Miranda, s/f, *Archivo*, T. XV, p. 237. En otro pasaje expresa: “Vm dispondrá: y yo no perderé instante”. Carta de Caro a Miranda, viernes 20 de abril de 1798, *Archivo*, T. XV, p. 243.

²⁹ Barrenechea, Ana María, “La epístola y su naturaleza genérica”, *Dispositio*, núm. 39, Michigan, 1990, p. 54.

³⁰ Barrenechea, A. M., “La epístola...”, 54.

³¹ Carta de Miranda a Caro, Londres 5 de julio de 1799, *Archivo*, T. XV, p. 414.

³² Carta de Miranda a Josef de Oquendo y Atuey, Londres 8 de Diciembre de 1798, *Archivo*, T. XV, p. 408.

³³ Entre las disposiciones que Miranda imparte a Caro se encuentra el falseamiento de la documentación relativa a la identidad: “(...) embarcandose V. incontinente para la Barbada, baxo el caracter y verdadera apariencia de Negociante Español”. Carta de Miranda a Caro, 26 de abril de 1798, *Archivo*, T. XV, p. 250.

³⁴ Carta de Caro a Miranda, Trinidad 29 de abril de 1799, *Archivo*, T. XV, p. 426.

³⁵ Carta de Miranda a Vargas, Londres el 4 de julio de 1800, *Archivo*, TXVI, p. 69.

³⁶ Carta de Miranda a Josef de Oquendo y Atuey, Londres 3 de junio de 1799, *Archivo*, T. XV, p. 413.

³⁷ Carta de Miranda a Caro, Londres 5 de julio de 1799, *Archivo*, T. XV, p. 415.

- ³⁸ Carta de Miranda a Gual, Londres 4 de abril de 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 71. Respecto al nombre puesto al cuidado de su correspondencia, Mr. Turnbull, Miranda precisa: “ha sido por mas de 10 años consecutivos nuestro sosten y amparo; hasta suplirnos con el mayor desinterés sumas considerables siempre que V. o cualquiera Persona Calificada de esos Países viniere por aquí puede con confianza dirigirse a ellos”. Carta de Miranda a Gual, Londres 10 de octubre de 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 78. José Griguilevich Lavretsky ofrece una caracterización de esta figura benefactora que Miranda conoce hacia 1775 cuando, terminado el sitio de Melilla en el que participa, recorre un breve tiempo Gibraltar: “En manos de Turnbull se concentraba la red principal de contrabando de mercancías con las colonias españolas. Para él en las numerosas islas del Caribe que rodeaban a Venezuela (...) estaban sus almacenes y bases. Las personas apoderadas de Turnbull no temían penetrar furtivamente al continente y llegaban hasta la propia Caracas. El capital del negociante inglés se calculaba en cientos de miles de libras esterlinas. Pero como todo negociante, deseaba aumentarlo, y esto podría hacerlo, sencillamente, si las colonias españolas se hacían independientes y comenzaba el comercio libre con ellas”. Lavretsky, José Griguilevich, *Miranda*, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1991, pp. 57-58.
- ³⁹ Carta de Miranda a O’Higgins, s/f, *América Espera*, pp. 243-244.
- ⁴⁰ Carta de Caro a Miranda, Falmouth 29 de abril de 1798, *Archivo*, T. XV, p. 252
- ⁴¹ Di Meglio, Gabriel, “Patria”, en Goldman, Noemí (ed.), *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 115.
- ⁴² Di Meglio, G., “Patria”, p. 118.
- ⁴³ Guerra, Francois Xavier, Lempérière, Annick et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 8.
- ⁴⁴ Carta de Miranda a Gual, Londres 10 de octubre de 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 77. Esta cita pone de manifiesto asimismo las virtudes patrióticas practicadas por Miranda, principalmente el servicio activo o laboriosidad, que más adelante se expondrán.
- ⁴⁵ Di Meglio, G., “Patria”, p.120
- ⁴⁶ Lynch, J. “Las raíces coloniales de la Independencia”, en *América Latina, entre colonia y nación*, Barcelona, Crítica, 2001, p.161.
- ⁴⁷ La influencia del abate Raynal en Miranda es destacada puntualmente por Polanco Alcántara quien comenta que durante su periplo por Estados Unidos el viajero se ocupa de difundir la obra de este autor. Polanco Alcántara, T., *Francisco de Miranda*, p. 58.
- ⁴⁸ La *Carta a los españoles americanos* de Viscardo es un texto fundacional pues manifiesta una aguda conciencia respecto de los argumentos que legitiman una ruptura absoluta del régimen colonial. Miranda se dedicó a la difusión de este escrito e incluso lo convirtió en proclama del movimiento independentista. En una carta de respuesta a la recomendación de lectura de este texto enviado con Caro a Trinidad, Gual responde: “He leído con un santo entusiasmo la carta de Vizcardo; hay en ella bocados de una hermosura y de una enerxia originales”. Carta de Gual a Miranda, 4 de febrero de 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 6. Es posible que con la mención del jesuita peruano, Miranda intente reivindicar a quienes desde el exilio cooperaron con la causa independentista y rescata del olvido a un integrante consagrado plenamente a ella.
- ⁴⁹ Chiaramonte, José Carlos, *La crítica ilustrada de la realidad*, Buenos Aires, CEAL, 1982, p. 150.
- ⁵⁰ Chiaramonte, J. C., *La crítica ilustrada*, p. 141.
- ⁵¹ Lynch, J., “Los orígenes”, p. 34
- ⁵² Chiaramonte, J. C., *La crítica ilustrada*, p. 151.
- ⁵³ La noción de mutación del imaginario es empleada por Guerra para destacar la cantidad de nociones inéditas aportadas por la Ilustración, considerada por Hazard como la más importante revolución en la historia de las ideas. Guerra, François Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993. Hazard, Paul, *La crisis de la conciencia europea*. Madrid, Alianza, 1988, p. 11.
- ⁵⁴ Sánchez Blanco, Francisco, *La ilustración en España*, Madrid, Akal, 1997, pp. 7- 9.
- ⁵⁵ Di Meglio, G., “Patria”, p. 120
- ⁵⁶ Chartier, Roger, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995, p. 125.
- ⁵⁷ Wasserman, Fabio, “Revolución”, en Goldman, Noemí (ed.), *Lenguaje y Revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 163.
- ⁵⁸ Carta de Miranda a Gual, Londres el 18 de julio de 1800, *Archivo*, T. XV, p. 86.

- ⁵⁹ Carta de Miranda a Gual, Londres 10 de octubre de 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 78.
- ⁶⁰ Bouvet, Nora Esperanza, *La escritura epistolar*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, p. 65. A su vez, Barrenechea afirma: “El alejamiento de los que se escriben misivas funda las paradojas inherentes a su estructura: los contrastes entre presencia/ausencia, imaginario/real, acercamiento/alejamiento, junto a la fabulación de un diálogo cara a cara”. Barrenechea, A.M., “La epístola...”, p. 36.
- ⁶¹ Carta de Miranda a Gual, Londres 4 de octubre de 1799, *Archivo*, T. XV, pp. 383.
- ⁶² Di Meglio, G., “Patria”, p. 120.
- ⁶³ Forster, Ricardo “El lenguaje de la Ilustración”, en Casullo, Nicolás, Forster, Ricardo y Kaufman, Alejandro, *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la Ilustración hasta la posmodernidad*, Buenos Aires, Oficina de publicaciones del CBC, 1996, p. 261.
- ⁶⁴ Carta de Miranda a Gual, Londres 10 de octubre de 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 77.
- ⁶⁵ Rotker, Susana. *De Moreno a Sarmiento. Ensayistas de Nuestra América*. Buenos Aires: Losada, 1994, p. 20. Al mismo tiempo debe indicarse que la imagen colombina, poderosa en el imaginario independentista, ha sido depurada de sentidos ligados a la colonización que de hecho contiene.
- ⁶⁶ Carta de Miranda a Gual, Londres 4 de marzo de 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 45.
- ⁶⁷ Im Hof, Ulrich, *La Europa de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 183.
- ⁶⁸ Carta de Martín a Pedro Oribe, Londres 8 de mayo 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 68.
- ⁶⁹ Carta de Miranda a Caro, Londres 26 de abril de 1798, *Archivo*, T. XV, p. 249.
- ⁷⁰ Carta de Miranda a Vargas, Londres 16 de agosto de 1803, *Archivo*, T. XVI, p. 338.
- ⁷¹ Im Hof, U., *La Europa*, p. 185.
- ⁷² Carta de Miranda a Gual, Londres, 4 de octubre de 1799, *Archivo*, T. XV, p. 383.
- ⁷³ Carta de Miranda a O’ Higgins, s/f., *América espera*, p. 244. En otro pasaje le advierte que sólo el amor a la patria permite la superación de las dificultades: “Los obstáculos para servir a vuestro país son tan numerosos, tan formidables, tan invencibles; llegaré a decir que sólo el más ardiente amor por vuestra patria podrá sostenernos en vuestros esfuerzos por su felicidad”, p. 244.
- ⁷⁴ “Elegid, pues, un amigo, pero elegidle con el mayor cuidado, por que si os equivocáis sois perdido (...) Volviendo al punto de vuestros futuros confidentes, desconfiad de todo hombre que haya pasado de los 40 años, a menos que os conste el que sea amigo de la lectura y particularmente de aquellos libros que hayan sido prohibidos por la Inquisición”. Carta de Miranda a O’ Higgins, s/f., *América espera*, p. 244.
- ⁷⁵ Carta de Gual a Miranda, Trinidad 4 de febrero de 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 6.
- ⁷⁶ Amícola, José, *Autobiografía como autofiguración*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007, p. 14. Si bien Amícola aplica dicha noción al estudio de las autobiografías, ella también resulta válida para iluminar las imágenes de sí deslizadas por el autor en sus cartas, pues permite rastrear el conjunto de operaciones realizadas por el sujeto de la escritura para representarse ante un otro.
- ⁷⁷ Carta de Miranda a Gual, Londres 4 de octubre de 1799, *Archivo*, T. XV, pp. 382-383.
- ⁷⁸ Carta de Miranda a Gual, Londres 31 de diciembre de 1799, *Archivo*, T. XV, p. 404.
- ⁷⁹ Carta de Miranda a Gual, Londres 4 de octubre de 1799, *Archivo*, T. XV, p. 382.
- ⁸⁰ Guillén, Claudio, “El pacto epistolar: las cartas como ficciones”, *Revista de Occidente*, núm. 197, Madrid, 1997, p. 89.
- ⁸¹ Carta de Gual a Miranda, Trinidad 4 de febrero de 1800, *Archivo*, T. XVI, p. 7.
- ⁸² Carta de Vargas a Miranda, Trinidad 27 de junio de 1803, *Archivo*, T. XVI, p. 334. En otro pasaje caracteriza a Miranda como redentor explícitamente: “En cuanto a la situación de Caracas los espíritus están tan dispuestos como estaban antes; mas les falta cabeza que los conduzca. Varios me han hablado de Vm como el redentor del país y varios me han dicho que hasta el gobierno ha creído más de una vez que Vm venía a atacar la provincia”, Carta de Vargas a Miranda, Puerto de España 19 de marzo de 1803, *Archivo*, T. XVI, p. 306.